

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ, SEMBLANZA

antonio elorza

Excmo. y Magno Sr. Rector, Excelentísimos Señores y Señoras Claustrales, Señoras y Señores:

Quisiera iniciar esta oración de elogio académico de manera inhabitual con la lectura de unos versos cargados de dramatismo, que aparecieron en julio de 1940 en las páginas de *España peregrina*, una de las más tempranas revistas culturales del exilio republicano. Son versos que nos hablan de "millones de brazos esperando la tremenda embestida de la muerte", de "millones de seres con los ojos tapiados, /con un inmenso pañuelo sobre sus ojos inocentes/ (que) andando, /andando van por este precipicio". El autor de esta elegía a la España abocada a la tragedia del 18 de julio de 1936, es un joven poeta algecireño que, en ese mismo año de 1936, ve truncados sus estudios en esta universidad y que tras una activa participación en la defensa de la República llega a México, por usar sus propias palabras, como desterrado, en el doloroso comienzo de un exilio sin fin. Este poeta se llama Adolfo Sánchez Vázquez y tras una brillantísima carrera académica en la UNAM vuelve hoy a su Universidad, saltando por encima del tiempo, para recuperar su puesto en ella y alcanzar una recompensa sobradamente merecida.

Resulta evidente que al otorgar este honor al profesor Sánchez Vázquez expresamos un reconocimiento que va mucho más allá de sus innegables merecimientos per-



sonales. Su tragedia vital fue compartida por tantos y tantos intelectuales republicanos, condenados por el levantamiento militar y, no lo olvidemos, por la acción cómplice de sus acólitos en la Universidad, a sufrir, la muerte, el silencio o el destierro.

Hoy es comúnmente aceptado que la guerra de Franco no solo supuso el inicio de una dictadura y decenas de miles de muertos, sino una irreparable pérdida de capital intelectual en el país. Circula un discurso de consolación, ensalzando el papel sobresaliente que los intelectuales

exiliados españoles desempeñaron allende el Atlántico, y especialmente en México. De ello luego hablaremos. Pero el vacío aquí fue irreparable, por lo menos a medio plazo, por limitamos al campo de la filosofía, la especialidad de nuestro galardonado, a la Universidad de José Ortega y Gasset, Julian Besteiro y José Gaos sucedió la de los textos del padre Ramírez, de Adolfo Muñoz Alonso y del profesor González Álvarez. Un joven universitario coetáneo de Sánchez Vázquez, Julio Caro Baroja evocó esta circunstancia de manera sumamente expresiva: "De repente suena un cañón y el tinglado intelectual dentro del que vivía se viene abajo". Había iniciado el viaje de su vida cultural en un tren de primera y ahora se veía forzado a continuado en un vagón de tercerísima. Peor fue la suerte de otros que ni siquiera alcanzaron la supervivencia intelectual desde el exilio interior.

La imagen de la segunda República está ciertamente dominada por un fracaso forzado por el levantamiento militar y por el desarrollo convulso de su vida política, dramáticamente condicionada por un marco exterior de ascenso de los fascismos en lo que Eric J. Hobsbawm ha caracterizado como la fase álgida de la "era de los extremos". Sin embargo, ello no ha de hacernos olvidar el enorme impulso de cambio que acompañó al régimen del 14 de abril. En la mente de su más preclaro dirigente político, Manuel Azaña, la República suponía una exigencia de modernización radical de España, era el instrumento democrático que servía a la inteligencia para incorporar a un pueblo a esa tarea de rehacer su historia. Se trataba de renovar la cultura, de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y de acabar con el estado de "las influencias", esto es, del disfrute del poder por unas oligarquías, que no élites, a la

sombra de la monarquía de la Restauración. Fue un impulso político y cultural encabezado simbólicamente por hombres como el mismo Azaña y Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto y Marcelino Domingo, Federico García Lorca y Rafael Alberti, y al que se incorporaron jóvenes recién llegados a la vida política como el eminente profesor a quien hoy recibimos. El acto adquiere así, tal es mi opinión, un necesario carácter de reivindicación de la memoria histórica y de justicia hacia quienes vieron incluso su nombre borrado forzosamente de nuestras aulas.

La formación de Adolfo Sánchez Vázquez coincide plenamente con el quinquenio republicano. En el orden ideológico, es un tío suyo, luego fusilado por Franco, el que guía sus primeros pasos. En el literario, tendrá la gran fortuna de formarse al lado de uno de los poetas más singulares de los años 30, el malagueño Emilio Prados, capaz de conjugar el aliento intimista de su creación con una proyección política que le llevó incluso a escribir una bellísima poesía de elogio a Stalin. Eran los tiempos en que, por contraste con un mundo capitalista en crisis, amenazado por los fascismos, la Unión Soviética presentaba la imagen deslumbrante —hacia el exterior, como es lógico— de un nuevo mundo en construcción, donde se forjaba la emancipación definitiva de la humanidad. Stalin aparecía como el único antídoto frente a Hitler.

"Cuando os griten Alemania", proponía Santiago Carrillo, el líder de la organización juvenil en que militará Adolfo Sánchez Vázquez, "responded Rusia con todas vuestras fuerzas". Eso explica que la militancia del joven Sánchez Vázquez en defensa de la democracia republicana tenga lugar desde las filas de las Juventudes Socialistas Unificadas. Tras incorporarse a nuestra Uni-

versidad en 1935, ocupará puestos relevantes en esa tarea a pesar de su edad, dirigiendo sucesivamente *Línea*, el semanario del Frente Popular en Madrid, en 1936, y *Ahora*, el diario de las JSU.

En el exilio mexicano, su doble carrera, política y académica, prosigue con innegables puntos de contacto, aun cuando el primer aldabonazo sea poético al publicar en 1942 su libro de 1936, *El pulso ardiendo*, Sánchez Vázquez, profesor ya de la UNAM, se convertirá en el exponente más destacado de la filosofía marxista española con sus libros de los años 60: *Las ideas estéticas de Marx* (1965), *Filosofía de la Praxis* (1967), *Ética* (1969), *Rousseau en México* (1969), y la antología *Estética y Marxismo* (1970). Desde el punto de vista ideológico, Sánchez Vázquez es un exponente inequívoco de la corriente de comunismo democrático que va cobrando forma desde el XX Congreso del PCUS. Nunca abandona el Partido Comunista Español (PCE), ni tampoco se integra en el Partido Comunista Mexicano, pero su militancia no le impide manifestarse una y otra vez contra el sectarismo o contra sucesos como la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia en 1968. Ve en la forma de socialismo realmente existente en el bloque comunista, una expresión de "praxis burocratizada" que supone la negación radical de la "praxis creadora" en cuyo nombre se ha emprendido la revolución.

Rigor teórico marxista, no es pues para él rigidez y la lealtad requiere precisamente el ejercicio constante de la razón crítica. Esta trayectoria se consolida desde los años 80, cuando queda de manifiesto la impotencia del "socialismo real" y la necesidad de que todo proyecto transformador este asentado en el pluralismo, la extensión y no la represión de la democracia, y el total

respeto a las libertades. La apuesta de Sánchez Vázquez por una aproximación filosófica abierta a los problemas desde el marxismo adquiere una particular relevancia en uno de sus campos de trabajo preferidos, la estética, donde una vez más ocupa plaza de cuasi-disidente con su enfrentamiento al realismo socialista de mediados de siglo. En suma, es el de Sánchez Vázquez un socialismo de lo posible, abierto, pero que no por eso pierde su acento crítico frente a un orden capitalista que ha cambiado los protagonistas, pero no el contenido, de la explotación y cuya dinámica supone incluso una amenaza para la supervivencia de la especie humana en el planeta. El aliento utópico, pues, permanece, pero no como espera del gran día y de la inversión radical, del *world upside-down*, sino como ideas críticas y utópicas, en el sentido de Mannheim, que trascienden la realidad y requieren transformaciones puntuales.

La aportación filosófico-política de Adolfo Sánchez Vázquez responde a sus planteamientos políticos enunciados y se concreta fundamentalmente en la decisiva aportación que supone su "filosofía de la praxis", donde el legado de Hegel y Marx, quizás excesivo en el caso del primero por lo que implica de formalización a expensas de la realidad, se conjuga fértilmente con la más enriquecedora tradición del marxismo europeo representado por la obra de Antonio Gramsci. No es este el momento de exponer el contenido de la reflexión gramsciana de Sánchez Vázquez, sólo de evocar una vez más la pérdida que el exilio supuso también en este orden de cosas, dado el carácter esquemático, radicalmente pobre, del pensamiento marxista español en el interior, y en particular del vinculado al PCE.

Sánchez Vázquez es fiel al precepto

marxista de que el individuo es un "ser social" o nudo de relaciones, pero precisamente esa permanente articulación entre su reflexión teórica y su praxis individual, modelo de praxis creadora, nos indica el papel propio que desempeña el personaje como tal. A este título, aunque plenamente incorporado a la vida mexicana, Sánchez Vázquez se sentirá siempre un desterrado, alguien arrancado de sus raíces e incapaz por mucho tiempo de desprenderse de las imágenes y de las frustraciones que han seguido al destierro. Por eso polemizará con José Gaos, quien prefiere hablar de los españoles en México como "transerrados", hombre y mujeres que allí han encontrado un nuevo enlace con la realidad. El dramatismo indispensable se pierde de este

modo, pero no por ello Sánchez Vázquez rechaza una dimensión esencial del concepto de transerrado: la consideración de que México ofreció generosamente a los exiliados españoles la oportunidad de rehacer sus vidas de modo que no lo lograron los exiliados a otras tierras. La deuda de la cultura española hacia los aspectos positivos de la Revolución mexicana, encarnados por el presidente Lázaro Cárdenas, es pues inmensa y tal vez sea éste también el momento de recordado.

Gracias, pues, a Adolfo Sánchez Vázquez por estar de nuevo entre nosotros con su espléndida personalidad y su valor de símbolo de un colectivo y de un proceso histórico que nuestra Universidad nunca debe olvidar.